

La muerte del chiste

● EL TENIA fama de chistoso. Bastaba que entrara a un salón para que a los pocos minutos hubiera un círculo de gente rodeándolo y riéndose de los chistes que contaba. Siempre se constituía en "el alma de la fiesta", lo que lo convertía en un asiduo invitado a toda clase de reuniones.

Un buen día lo perdí de vista, así es que me alegré mucho cuando lo volví a encontrar. Lo invité a tomar un trago aprestándome a escuchar los últimos y más sabrosos chascarros, pero pasaba el tiempo y él —a quien recordaba tan alegre y chispeante— seguía en actitud taciturna. Le pregunté qué le sucedía.

—Mira —me dijo, mientras empujaba su gin tonic—, lo que sucede es que la época no está para chistes".

—¿Cómo? ¿Tan mal ves la cosa?

—No. No es eso.

Y se quedó sumido en un prolongado silencio, hasta que se decidió a dar una explicación.

—¿Has escuchado hablar de que estamos viviendo la época de la permisividad? Bueno, por ahí parte todo. El chiste se alimenta del tabú. La gente se ríe de oír decir cosas que se supone que no deben decirse, cuya mención está prohibida por un tácito acuerdo social. Ahora no existe el tabú, todo está permitido. Mis mejores chistes, ¿te acuerdas?, eran los cochinos. Bastaba que en una reunión yo, con desparpajo, me las arreglara para mencionar alguna parte de la anatomía que era innumerable, o hacer referencia a alguna práctica sexual que se suponía no debía mencionarse, para que todos rodaran por el piso de tanto reírse. Ahora tú cuentas el mismo chiste y no pasa nada. Hasta te llegan a pedir precisiones de tipo científico.

—Bueno, no sólo esos chistes contabas. Eras un imitador de tipos extranjeros fabuloso. Me acuerdo de uno de un turco.

—¡Ni te acuerdes mejor! Con el chiste que antes era cochino ahora la gente no se ríe y la cosa no pasa más allá. Pero anda tú, hoy día, a contar un chiste de un turco, de un judío o de un bachicha. Nunca falta el descendiente de una de esas nacionalidades que se da por ofendido. Si te ries de un árabe, te tratan de vendido al sionismo; si imitas a un judío, que eres un terrorista palestino, y si imitas a un argentino, te acusan de estar echando fuego a la hoguera del conflicto...

Traté de encontrar algún argumento que pudiera contrarrestar el pesimismo del que otrora fuera el mejor humorista de salón y encontré uno que me pareció irrefutable.

—En todo caso, hay un recurso que ni la era de la permisividad, ni las tensiones internacionales han deteriorado: el absurdo.

—¿El absurdo? —sus ojos echaban chispas—. ¿Pero sabes tú en qué consiste el absurdo? Simplemente en ser ilógico; en alterar el orden racional de las cosas. Tú puedes decir un chiste absurdo cuando vives en un mundo lógico, pero cuando la civilización entera se convierte en un absurdo amasijo, cualquier cuento absurdo se te convierte en real y hasta en naturalista. Con eso no sacas ni una sonrisa.

Pedí otra ronda de tragos y bebimos en silencio añorando otros tiempos en que reírse era tan fácil, tan espontáneo, tan saludable. De pronto el rostro de mi amigo se iluminó y me preguntó:

—¿Sabes el chiste del loro que se quedó encerrado en el refrigerador?

—¿El que se comió los huevos duros?

—Sí. El mismo.

—Es bueno —dije yo.

—Sí. Es bueno —dijo él.

Pagué la cuenta y nos fuimos.